

Doce estrofas de nuevo. Pero ya el *soma* había comenzado a producir sus efectos. Los ojos estaban brillantes y las mejillas rojas; la luz interior de la universal benevolencia desbordaba de cada faz en felices y amistosas sonrisas. Hasta Bernard se sintió un poco conmovido; cuando Morgana Rothschild volvió a él con una sonrisa radiante, hizo cuando pudo por corresponderla. Pero la ceja, aquella negra dos-en-una, estaba, ¡ay!, siempre allí; Bernard no podía dejar de verla, no podía, por más esfuerzos que hiciese. Su enternecimiento no había sido lo suficientemente profundo. Quizá si se hubiese sentado entre Fiff y Joanna... Por tercera vez corrió la copa del amor "Bebo por la inminencia de Su Venida", dijo Morgana Rothschild, a quien correspondía esta vez iniciar el rito circular. Su voz era sonora, exaltada. Bebió y pasó la copa a Bernard. "Bebo por la inminencia de Su Venida", repitió éste, haciendo un sincero esfuerzo por sentir que la Venida era inminente; pero la ceja continuó obsesionándole, y la Venida, en lo que a él le atañía, estaba horriblemente lejos. Bebió y entregó la copa a Clara Deterding. "Fracasaré esta vez también -se dijo-, lo sé". Pero siguió haciendo cuanto podía para tener una sonrisa radiante.

La copa del amor había terminado su periplo. Alzando la mano, hizo un signo el Presidente, y el coro entonó el Tercer Himno de Solidaridad:

*¡Mirad cómo a vosotros descende ya el Gran Ser!
Y arrullados por música de sonoro tambor,
en Él regocijaos, y morid de placer,
porque yo soy vosotros y vosotros sois yo.*

Conforme sucedíanse los versos, las voces vibraban con una excitación cada vez más intensa. El sentimiento de la inminencia de la Venida era como una tensión eléctrica en el ambiente. Interrumpió el Presidente la música, y con la postrera nota de la última estrofa hubo un absoluto silencio, el silencio tenso, estremecido y calofriante de una vida galvánica. El Presidente extendió su mano, y súbitamente una Voz, una profunda y recia voz, más musical que cualquier voz meramente humana, más rica, más cálida, más vibrante de amor, de ansioso deseo, de compasión, una voz maravillosa, misteriosa, sobrenatural, les habló desde lo alto. Muy lentamente: "¡Oh, Ford, Ford, Ford!", dijo atenuándose y descendiendo de tono. Una sensación de suave calor se extendía desde el plexo solar a las extremidades de los oyentes; brotaron lágrimas; parecía que sus corazones y sus entrañas se movían en ellos cual si gozaran de una vida independiente. "¡Ford!" Se derretían. "¡Ford!". Ya estaban derretidos. Después, en otro tono, inopinada y con sobresalto: "¡Escuchad!", tronó la Voz. "¡Escuchad!" Y tras una pausa, que se volvió casi murmullo, pero murmullo inconcebiblemente más penetrante que el grito más agudo: "Los pies del Gran Ser", dijo, y volvió a repetir: "Los pies del Gran Ser." El murmullo expiraba casi, "Los pies del Gran Ser están en la escalera." Y de nuevo un silencio; y la espera, que se había de momento relajado, hízose tensa de nuevo, cual una cuerda que se templó; más tensa, más tensa cada vez, hasta casi romperla. Los pies del Gran Ser, oíanlos, ¡ay!, oíanlos bajando quedamente los peldaños, acercándose cada vez más a medida que bajaban la invisible escalera. Y súbitamente rompióse la cuerda. Los ojos desorbitados, los labios abiertos. Morgana Rothschild alzóse de un salto.

-¡Le oigo -gritó-, le oigo!

-¡Ya llega! -gritó Sarojini Engels.

-¡Sí, ya llega, le oigo!

Fiff Bradlaugh y Tom Kawaguchi se levantaron simultáneamente.

-¡Oh, oh, oh! -dijo Joanna en inarticulado testimonio.

-¡Ya llega! -aulló Jim Bokanowsky.

Inclinóse el Presidente hacia adelante, y frotando con su mano, desató un delirio de címbalos e instrumentos de metal, una fiebre de martilleos en tantanes.

-¡Ah, ya llega! -vociferó Clara Deterding-. ¡Sí...!

Y fue lo mismo que si le cortasen el pescuezo.

Comprendiendo que ya era tiempo de que él hiciese algo, Bernard se puso en pie de un salto y gritó:

-¡Le oigo! ¡Ya llega!

Pero no era verdad. No oía nada, y, para él, no llegaba nadie. Nadie, a pesar de la música, a pesar de la sobreexcitación creciente. Pero braceó y gritó como los que más; y cuando empezaron a rebullirse y a zapatear y a arrastrar los pies, también él rebulló, zapateó y arrastró los pies.

Dieron la vuelta a la habitación, circular procesión de danzantes, cada uno con las manos en las caderas del danzante que le precedía; dieron vueltas y vueltas, gritando al unísono y golpeando con los pies al ritmo de la música, llevando el compás golpeando reciamente con sus manos en las nalgas que estaban delante de ellos; doce pares de manos golpeando como una soía: doce pares de nalgas resonando macizamente. Doce en uno, doce en uno. "Le oigo, le oigo, ya llega." La música aceleró el ritmo; los pies golpearon más aprisa, más aprisa aún caían las manos rítmicas. Y de pronto, una potente voz sintética de bajo tronó las palabras que anunciaban el sacrificio final, la final consumación de la solidaridad, la venida del Doce en Uno, la encarnación del Gran Ser. "Orgía Latria"¹ cantó mientras los tantanes continuaban su febril tamborileo:

Orgía Latria, Ford y zambra,

besa a las chicas y hazte uno con ellas.

¡Muchachos, uníos en paz con las chicas,

que la Orgía Latria os alegra!

"Orgía Latria..." Los danzantes repitieron el litúrgico estribillo: "Orgía Latria, Ford y zambra, besa a las chicas..." Y mientras cantaban, comenzaron las luces a extinguirse lentamente, a extinguirse y a hacerse al mismo tiempo más ardientes, más jugosas, más rojas, hasta que al fin halláronse danzando en la penumbra escarlata del Depósito de Embriones. "Orgía Latria." En la oscuridad fetal color de sangre, siguieron algún tiempo los danzantes dando vueltas, y a golpear, a golpear interminablemente, siguiendo el ritmo incabable. "Orgía Latria..." Después el corito osciló, rompióse, cayó en parcial desintegración sobre los divanes dispuestos a la redonda -círculo rodeando a otro círculo- en torno de la mesa y sus sillas planetarias. "Orgía Latria..." Tiernamente, la profunda Voz arrullaba y zureaba; parecía como si, en la roja penumbra, una enorme paloma negra se cerniese benéfica sobre los danzantes, tendidos ahora panza abajo y panza arriba.

¹ *Orgy-porgy* en el original, que se traduce por Orgía Latria, por tener sentido lógico y onomatopéyico semejante.

Estaban de pie en la azotea; acaba el reloj de dar las doce. La noche era serena y tibia.

-¿Verdad que ha sido prodigioso? -dijo Fiff Bradlaugh-. ¿Verdad que ha sido sencillamente prodigioso?

Miraba a Bernard con expresión de arrobó, pero de un arrobó en que no hubiese vestigios de inquietud o excitación -pues estar excitado es estar insatisfecho. Era el suyo el éxtasis tranquilo de la perfección lograda, de la paz, no sólo de la vacuna y mera saciedad de la nada, sino de la vida ponderada, de las energías en reposo o en equilibrio. Una paz rica y viviente. Pues los Oficios de Solidaridad daban tanto como quitaban, extrañan sólo para rehenchir. Sentíase llena, perfecta, era algo más que simplemente ella misma.

-¿No le ha parecido prodigioso? -insistió, mirando cara a cara a Bernard con ojos que brillaban con un fulgor sobrenatural.

-Sí, realmente, me ha parecido prodigioso -dijo, mintiendo, y apartó los ojos.

La visión de su rostro transfigurado era a la par una acusación y un irónico recordatorio de su aislamiento. Sentíase tan desgraciado y sólo ahora como al comenzar los oficios; más aislado, si cabe, a causa del vacío que jamás podría ser colmado en él, a causa de su inerte saciedad. Aparte, y en desacuerdo, mientras que los demás fundíanse con el Gran Ser; solo hasta en los brazos de Morgana, mucho más solo aún, en verdad, más irremediamente él mismo que nunca lo fuera en toda su vida. Había salido de aquella penumbra escarlata al vulgar brillo de la luz eléctrica, con un sentimiento del yo que le hacía pasar las penas de la agonía. Era inmensamente desgraciado, y quizá (aquellos brillantes ojos le acusaban), quizá fuese por su culpa.

-Sencillamente prodigioso -repitió. Pero sólo podía pensar en la ceja de Morgana.

CAPÍTULO VI

I

-Absurdo, sencillamente absurdo -tal era el juicio de Lenina sobre Bernard.

Tan absurdo, que en las semanas siguientes se había preguntado más de una vez si no sería mejor desistir de sus vacaciones en Nuevo Méjico e irse al Polo Norte con Benito Hoover. Lo malo es que ya conocía el Polo Norte: había estado allí con George Edzel el verano último, y lo encontró bastante aburrido. Ningún sitio a donde ir, y el hotel muy anticuado, sin televisión en las habitaciones, ni órganos de perfumes, sólo la más ramplona de las músicas sintéticas y veinticinco canchas de Pelota Escalator para más de doscientos huéspedes. No, decididamente, no soportaba otra vez el Polo Norte. Además, no había estado más que una vez en América. Y muy poco tiempo. Un módico fin de semana en Nueva York -¿con Jean-Jacques Habibullah o con Bokanovsky Jones? No se acordaba ni tenía importancia alguna. La idea de volar de nuevo rumbo al Oeste y permanecer allí una semana completa era muy tentadora. Además, pasaría cuando menos tres días en la Reserva de Salvajes. Sólo una media docena de personas en todo el Centro habían visitado una Reserva de Salvajes. Por ser un psicólogo Alfa-Más, era Bernard uno de los pocos hombres conocidos suyos que tuviesen derecho a un permiso especial. Era, pues, una ocasión única para Lenina. Y sin embargo, tan únicas también eran las rarezas de Bernard, que había dudado de aprovecharla y pensado hasta en aventurarse de nuevo al Polo con el bueno de Benito, tan jovial siempre. Al fin y al cabo Benito era normal. Mientras que Bernard...

"Es el alcohol de su sangre artificial" -era la explicación de Fanny para todas sus excentricidades. Pero Henry, con quien, una noche que estaban juntos en la cama, había Lenina, un poco inquieta, tratado del carácter de su nuevo amante, Henry había comparado al pobre Bernard con un rinoceronte.

-No se puede domesticar a un rinoceronte -le había dicho con su estilo breve y recio-. Hay hombres casi como rinocerontes; no reaccionan como corresponde al acondicionamiento. ¡Pobres diablos! Bernard es un de ellos. Por suerte suya, sabe bien su oficio. De no ser por esto, el Director le hubiese plantado en la calle. Sin embargo -agregó consoladoramente- me parece bastante inofensivo.

Bastante inofensivo, quizá; pero también bastante inquietante. Lo primero, esa manía de hacer las cosas en privado. Lo que, en la práctica, se traducía en no hacer nada. Pues ¿qué era lo que uno podía hacer en la intimidad? (Aparte, naturalmente, de irse a la cama; pero ésto no se va a estar haciendo todo el día). Sí, ¿qué más? Poca cosa. La primera tarde que salieron juntos hacía un tiempo muy hermoso. Lenina propuso nadar un rato en Torquay Country Club y cenar luego en el Oxford Unión. Pero Bernard creía que había demasiada gente. Bueno, ¿y qué tal una vuelta de Golf Electromagnético en Saint Andrews? Un nuevo no: Bernard creía que jugar al Golf Electromagnético era perder el tiempo.

-Entonces, ¿para qué sirve el tiempo? -preguntó asombrada Lenina.

Por lo visto, para paseos por la Región de los Lagos, pues esto fue lo que propuso entonces. Aterrizar en la cima del Skiddaw y andar un par de horas entre los brezales.

-Y solo contigo, Lenina.

-Pero, Bernard, si estaremos solos toda la noche...

Bernard se puso colorado y apartó los ojos.

-Quería decir solos para hablar -balbuceó.

-¿Hablar? Pero, ¿de qué?

Andar y hablar le parecía un modo muy absurdo de perder un día.

Al fin le convenció, muy a su pesar, de volar hasta Amsterdam para ver los cuartos de final del Campeonato femenino de lucha (pesos pesados).

-Estará lleno de gente -gruñó- como siempre.

Estuvo tercamente enfadado toda la noche; no quiso hablar con las amigas de Lenina (que encontraron a docenas en el bar donde despachaban helados de *soma* en los intervalos de las luchas); y, a pesar de su mal humor, rehusó decididamente tomar el medio gramo de *sundae* de frambuesa que ella se empeñaba en hacerle beber.

-Prefiero ser yo mismo -dijo-, yo mismo y amargado. Y no otro y alegre.

"Un gramo a tiempo, te pone contento" -dijo Lenina, ofreciéndole una de las maravillas que se enseñaban durante el sueño.

Bernard rechazó impaciente el vaso que le ofrecía.

-No te enfades, vaya -díjole ella-; acuérdate: "Con un centímetro cúbico se curan diez pasiones."

-¡Cállate, por el amor de Ford! -gritó él.

Lenina se encogió de hombros.

-Un gramo vale más que un terno -dijo con dignidad, y se bebió el *sundae*.

Cuando volaban, de regreso, sobre el Canal, se empeñó Bernard en parar la hélice propulsora y permanecer sostenido por las hélices del helicóptero a menos de treinta metros sobre las olas. El tiempo era malo; corría, recio, el Sudoeste y el cielo estaba anubarrado.

-Mira -ordenó.

-¡Qué espantoso! -dijo Lenina, apartándose con horror de la ventanilla. Estaba aterrorizada por el invasor vacío de la noche, por las negras olas espumeantes que saltaban bajo ellos, por la pálida faz de la Luna, tan hurafña y atormentada por las fugitivas nubes.

-¡Abre la radio, pronto!

Extendió la mano hacia el botón y dióle vueltas al azar.

-"...siempre era en ti claro el cielo -cantaron en trémolo dieciséis voces en falsete-, siempre era en ti el tiempo bueno".

Luego, un hipo, y silencio. Bernard había cortado la corriente.

-Me gusta contemplar en paz el mar -dijo-. No se puede ni mirar con esa musiquilla en los oídos.

-Pero ¡si es deliciosa! Y, además, yo no quiero mirar.

-Pero yo sí -insistió él-. Esto me da la sensación... -dudó, buscando palabras para expresarse- ...la sensación de ser aún más yo mismo, no sé si comprenderás lo que quiero decir. Más yo mismo, no tan por completo parte de otra cosa. No sólo una célula del cuerpo social. ¿No te lo hace sentir a ti, Lenina?

Pero Lenina lloraba.

-Es espantoso, es espantoso -repetía continuamente-. Y ¿cómo puedes hablar así de tu deseo de no ser una parte del cuerpo social? "Todos trabajamos para todos. No podemos prescindir de nadie. Hasta los Epsilones..."

-Sí, ya lo sé -dijo Bernard sarcásticamente-. "¡Hasta los Epsilones son útiles!" También yo lo soy. Pero te juro que daría algo por no servir para nada.

Lenina se escandalizó de tal blasfemia.

-¡Bernard! -protestó con voz triste y llena de pasmo- ¿Cómo puedes hablar así?

Cambiando de tono, Bernard repitió pensativo:

-¿Qué cómo puedo? No, el verdadero problema es: ¿Por qué no puedo?, o, mejor -pues, a fin de cuentas sé muy bien por qué no puedo- ¿qué es lo que experimentaría si pudiese, si fuere libre, si yo no estuviese esclavizado por mi acondicionamiento?

-¡Qué cosas más horribles estás diciendo, Bernard!

-¿Tú no sientes el deseo de ser libre, Lenina?

-No entiendo lo que dices. Ya soy libre. Libre de gozar de este tiempo, el mejor de los tiempos. "Todos somos felices ahora."

Bernard se echo a reír.

-Sí. "Todos somos felices ahora". comenzamos a decirles a los niños a los cinco años. Pero ¿tú no querías ser libre, ser feliz de otro modo, Lenina? De un modo personal; no como todos los demás...

-No entiendo lo que dices -repitió ella.

Luego, volviéndose a él:

-¡Regresemos, Bernard -suplicó-, no quiero estar aquí!

-¿Es que no te gusta estar conmigo?

-¡Ni qué decir tiene, Bernard! Es este horrible sitio.

-Yo creía que aquí estaríamos más... más *juntos*, con sólo el mar y la Luna. Más juntos que entre la multitud, y hasta que en mi casa. ¿No lo comprendes?

-Yo no comprendo nada -dijo resuelta, decidida a conservar intacta su incompreensión-. Nada. Y menos aún -continuó cambiando de tono-, por qué no tomas *soma* cuando te vienen esas horribles ideas. Las olvidarías por completo, y en vez de creerte desgraciado estarías lleno de alegría. ¡Tan lleno de alegría!... -repitió, sonriendo a pesar de la inquietud que se asomaba a sus ojos, de un modo que quería ser pícaro y voluptuoso.

Miróla en silencio, frío y grave, intensamente. Al cabo de unos segundos, los ojos de Lenina miraron a otra parte: lanzó una risilla nerviosa; quiso decir algo y no supo qué. Se prolongó el silencio.

Cuando al fin habló Bernard, hízolo con un hilo de voz, lleno de cansancio.

-Bueno, volvámonos.

Y pisando a fondo el acelerador, lanzó su aparato de un salto hacia el cielo, y a mil

trecientos metros de altura puso en marcha la hélice propulsora. Durante un par de minutos volaron en silencio. Entonces Bernard rompió súbitamente a reír.

"Un poco forzado", pensó Lenina, pero al fin se reía.

-¿Se te pasa? -se arriesgó a preguntar.

Por toda respuesta, soltando una de las palancas de mando, rodeóla el talle y empezó a acariciarle los senos.

"¡Gracias a Ford! -pensó ella-, ¡ya está en sus cabales!"

Media hora más tarde entraban en casa de Bernard, quien se tragó de golpe cuatro tabletas de *soma*, abrió la radio y la televisión y empezó a desnudarse.

-Bueno -le preguntó a Lenina, con intencionada picardía, cuando volvieron a verse al siguiente día por la tarde en la azotea- ¿Qué te parece, nos divertimos mucho ayer?

Bernard asintió con un movimiento de cabeza. Subieron al avión. Una pequeña sacudida, y salieron.

-Todos me dicen que soy muy neumática -dijo Lenina reflexivamente, palmoteándose las piernas.

-Mucho.

Pero tenía una expresión dolorosa en los ojos.

"Como un pedazo de carne" -pensó.

Le miró con cierta ansiedad.

-¿No me encuentras un poco gordita?

Negó con la cabeza. "Como un pedazo de carne".

-¿Me encuentras bien?

Afirmación de igual género.

-¿En todo?

-Perfecta -dijo él en voz alta.

E interiormente:

"También se lo cree ella, y no le importa ser sólo un pedazo de carne".

Lenina sonrió triunfalmente. Pero su satisfacción era prematura.

-Así y todo -continuó él tras de una corta pausa -hubiese querido que lo nuestro terminara de otro modo.

-¿De otro modo? ¿Es que era posible otro modo...?

-Hubiese querido que no terminara acostándonos -especificó él. Lenina estaba asombrada.

-No tan aprisa, no el primer día.

-Bueno, ¿pero entonces qué...?

Le empezó a decir un montón de absurdos incomprensibles y peligrosos. Lenina hizo cuanto pudo por taparse los oídos de su alma; pero no podía remediar que de cuando en cuando una frase se obstinara en ser oída:

-...para probar el efecto producido al reprimir mis impulsos -oyóle decir.

Tales palabras parecieron apretar un resorte de su mente.

"Nunca dejéis para mañana el placer que podáis gozar hoy" -dijo con gravedad.

-Doscientas repeticiones, dos veces por semana, de los catorce a los dieciséis años y medio -fue todo el comentario de Bernard.

Y seguía divagando.

-Querría saber lo que es pasión -oyóle decir-. Quiero sentir algo fuertemente.

"Cuando el individuo siente, comunidad en peligro" -dijo Lenina.

-Bueno, ¿y por qué no puede peligrar un poco?

-¡Bernard!

Pero Bernard seguía tan fresco.

-Intelectualmente y durante las horas de trabajo, adultos -siguió. En cuanto a sentimientos y deseos, niños.

-Nuestro Ford amaba a los niños.

Haciéndose el desentendido:

Se me ocurrió súbitamente el otro día -siguió Bernard- que se podría ser adulto en todo.

-No te entiendo.

El tono de Lenina era firme.

-De sobra lo sé. Y por eso nos acostamos juntos ayer, como niños, en vez de ser adultos y esperar.

-Pero resultó muy divertido -insistió Lenina-. ¿No es cierto?

-¡Oh, divertidísimo! -respondió él; pero con voz tan sombría, con una expresión tan profundamente desgraciada, que Lenina sintió que de repente se evaporaba todo su triunfo. Quizá la hubiese encontrado demasiado gordita, a pesar de todo.

-Ya te lo dije -se limitó a responder Fanny a las confidencias de Lenina-. Es el alcohol de su sangre artificial.

-No me importa -insistió Lenina-. Me gusta. Sus manos son preciosas. Y el modo que tiene de mover los hombros, muy atrayente.

Suspiró.

-Pero querría que no fuese tan raro.

II

Deteniéndose un momento a la puerta del despacho del Director, hizo Bernard una aspiración profunda y sacó el pecho, preparándose a afrontar el desagrado y desaprobación que de seguro encontraría. Dio con los nudillos y entró.

-Vengo a pedirle que apruebe esta autorización -dijo con el tono más indiferente posible, y dejó el papel sobre la mesa.

Mucho. El Director lanzó una mirada agria. Pero el papel llevaba el membrete de la Oficina del Inspector Mundial, y la firma de Mustafá Mond, franca y negra, al pie. Todo estaba en regla. El Director no tenía dónde cogerse. Puso con lápiz sus iniciales -dos letrillas pálidas, acurrucadas, al pie de Mustafá Mond- y ya iba a devolver el papel sin comentario alguno, cuando sus ojos se fijaron en algo del permiso.

-¿Para la Reserva de Nuevo Méjico? -dijo, y su tono, y el rostro que alzó hacia Bernard, mostraron inquietud y pasmo.

Sorprendido de su sorpresa, Bernard afirmó con un movimiento de cabeza. Siguió un silencio.

El Director se echó atrás en su silla, frunciendo el ceño.

-¿Cuánto tiempo hace ya? -dijo hablando consigo mismo más que con Bernard-. Veinte años, creo. Veinticinco, más bien. Debía de tener la edad de usted.

Suspiró y movió la cabeza.

Bernard sintióse muy molesto. ¡Un hombre que guardaba tanto las conveniencias, tan escrupulosamente correcto como el Director, cometer incongruencia semejante! Sintió deseos de taparse la cara, de salir corriendo del despacho. No porque viese nada de intrínsecamente reprobable en que las personas hablasen de su remoto pasado; eso era uno de tantos prejuicios hipnopédicos de los que (tal creía él) había librado. Lo que le asustaba era que sabía muy bien que el Director lo

desaprobaba, y que desaprobándolo y todo, había sido arrastrado a realizar lo prohibido. ¿Por qué fuerza interior? Aunque molesto, Bernard escuchaba con ávida curiosidad.

-Tuve su misma idea -decía el Director-. Quise ver a los salvajes. Conseguí una autorización para Nuevo Méjico, y fui a pasar allí mis vacaciones estivales. Con la chica que tenía por aquel entonces, una Beta Menos, y creo (cerró los ojos) que tenía el pelo rubio. De todas suertes, era neumática, particularmente neumática; de esto me acuerdo bien. Nos fuimos para allá, vimos a los salvajes, nos paseamos a caballo y todo lo demás. Y entonces -era casi el último día de mi permiso- entonces... ¡en fin! se perdió. Habíamos subido a caballo una de aquellas endiabladas montañas y hacía un calor horrible y pesado; tras la comida nos dormimos. Yo, al menos, me dormí. Ella debió de ir a dar una vuelta sola. Sea lo que quiera, cuando me desperté no estaba allí. Y la más horrorosa tormenta que he conocido comenzó a descargar sobre nosotros. Llovía a mares, tronaba, relampagueaba; y los caballos rompieron las bridas y escaparon; me caí, queriéndolos coger, y me hice daño en la rodilla, hasta el punto de que apenas podía andar. No obstante, busqué por todos lados, grité, volví a buscar. No encontré rastro de ella. Pensé entonces que se había vuelto a la hospedería. Me arrastré hacia el valle, por el mismo camino por donde habíamos venido. Dolfame terriblemente la rodilla, y había perdido mi *soma*. Tardé varias horas. No llegué a la hospedería hasta media noche. No estaba allí..., no estaba -repitió el Director.

Siguió un silencio.

-Bien -prosiguió al fin- a la mañana hice nuevas pesquisas. Pero no logramos encontrarla. Debía de haberse caído en un barranco, o de ser devorada por algún león de las montañas. ¡Ford lo sabe! Sea como quiera, fue algo horrible. Me dejó anonadado. Más de lo debido, sin duda. Porque, a fin de cuentas, es un accidente que le había podido ocurrir a cualquiera; y, además, el cuerpo social perdura aunque sus células componentes puedan cambiar. Pero esta consolación hipnopédica no me pareció muy eficaz.

Meneó la cabeza.

-Aún ahora, sueño a veces -siguió el Director, con voz más baja-, sueño que me despierto con los truenos y me encuentro con que ella no está, sueño que la busco una y otra vez entre los árboles.

Y cayó en el silencio de los recuerdos.

-Debí de causarle a usted una impresión terrible -dijo Bernard, casi con envidia.

Al oír la voz, recordó el Director con sobresalto dónde estaba; lanzó a Bernard una mirada y, apartando los ojos enrojeció malhumorado; le miró otra vez, súbitamente desconfiado, celoso de su dignidad.

-No crea -dijo- que sostuviese con aquella chica relaciones indecorosas. Nada emocional, nada muy duradero. Todo perfectamente sano y normal.

Tendió a Bernard el permiso.

-Realmente, no sé por qué le he cansado con esta trivial anécdota.